

A scenic landscape featuring rolling hills and mountains under a blue sky with white clouds. The foreground is dark, while the background shows layers of hills fading into the distance.

Compilación de entradas #02

Bibliotecario

Un blog de Edgardo Civallero

Bibliotecario
Compilación de entradas 02

Edgardo Civallero

© Edgardo Civallero, 2020.

Distribuido como *pre-print* bajo licencia Creative Commons by-nc-nd 4.0

"Bibliotecario". <https://bibliotecario.org/>

Lógicas

Hasta que los terratenientes ganaderos los masacraron (en uno de los tantos genocidios con los que cuenta la historia argentina), los Selk'nam, también llamados "onas", fueron los habitantes indígenas de la Isla Grande de Tierra del Fuego, esa que ocupa el extremo meridional de América del Sur.

En las tempranas fotos y filmaciones que registraron su vida antes de su trágica desaparición, hombres y mujeres Selk'nam suelen aparecer protegiéndose del inclemente frío austral con enormes mantos de piel. Tales mantos, elaborados con cueros de guanaco pulcramente sobados, resultan tremendamente vistosos, y la razón, aunque se tarde un poco en percibirla, es bastante sencilla: llevan el pelo hacia fuera.

Fueron muchos los pueblos indígenas del cono sur de América que llevaron mantos, *quillangos* y capas de pieles animales para protegerse del frío más o menos intenso que azotara sus territorios. La práctica totalidad de ellos, ya fuesen los Aónikenk de la ventosa Patagonia o los Qom y Moqoit del cálido Chaco austral, cosían los cueros de tal forma que el pelo quedaba siempre del lado de dentro. El exterior, curtido, se decoraba con distintos motivos, generalmente merced a sustancias colorantes minerales o vegetales diluidas en grasa.

La lógica es simple, y se basa en la experiencia práctica: llevando un abrigo con el pelo hacia adentro se crean varias capas de aire caliente entre el cuero y la piel humana que ayudan a mantener el calor del propio cuerpo. Uno se pregunta, pues, cómo es que los Selk'nam, que se contaron entre las sociedades originarias que soportaron uno de los climas más rigurosos del planeta, no lo vieron así.

En la obra de referencia *Argentina indígena*, Edgar Ibarra Grasso (probablemente extrayendo sus datos de alguno de los célebres cronistas que vivieron entre los "onas") proporciona la explicación para este curioso hecho. Los Selk'nam usaban los mantos de piel de guanaco con el pelo hacia afuera y el cuero hacia adentro porque así lo llevaban los propios guanacos.

Guanacos que, evidentemente, no pasaban ningún frío.

Los naipes del sur

Los Aonik'enk, también llamados "tehuelches del sur" o "patagones", son los habitantes indígenas de la mitad meridional de la Patagonia argentino-chilena.

Si bien su presencia como sociedad se ha difuminado bastante tras los conflictos y mestizajes con el vecino pueblo Mapuche, los reiterados ataques de los estados argentino y chileno, el robo de tierras, el aislamiento, el olvido y la eterna presión socio-cultural, los Aonik'enk y sus descendientes todavía se cuentan entre los grupos originarios del sur del continente, según señalan claramente los últimos censos nacionales de Argentina y Chile.

Los conquistadores europeos no llegaron a controlar (en ocasiones, ni siquiera a recorrer) aquellas tierras. Sus habitantes, pues, no sufrieron la misma violencia que sus pares de más al norte. Sin embargo, la influencia de los recién llegados y de su cultura fue dejándose sentir progresivamente. Los Aonik'enk de las estepas terminaron adoptando el caballo y sus aperos, el consumo de mate y de aguardiente, distintos tipos de armas, algunas prendas de vestir...

...y los naipes.

Los castellanos eran apasionados jugadores de cartas. Como botón de muestra, basta señalar que el consumo de naipes en la ciudad de Concepción (actual Chile) hacia 1653

era de 2500 barajas anuales. De los hispanos, el juego pasaría a los Mapuche con los que convivían y batallaban, y de ellos, a los Aonik'enk, más al sur. Si bien numerosas fuentes documentales —generalmente crónicas de viajeros— mencionan el hecho de que los pueblos nativos de aquellas soledades solían pasar horas y horas jugando a las cartas (apuntes de Malaspina en 1789, de Fitz Roy en 1832, de Musters en 1869...), pocas de tales fuentes (en concreto, solo tres) indican que, en parte debido a la escasez de barajas y en parte como una adaptación, tanto los Mapuche como los Aonik'enk solían fabricar sus propias cartas, adaptándolas de paso a sus propios patrones estéticos.

Los Aonik'enk llamaban al juego *berrica*, probable deformación del castellano *brisca*. Para hacer su propia baraja usaban cuero seco de guanaco, bien alisado y pelado, que cortaban en trozos iguales, intentando imitar las dimensiones de los naipes comunes. Para evitar que se traslucieran (un detalle muy a tener en cuenta cuando se juega a las cartas) los cubrían de pintura por una de sus caras, mientras que por la otra pintaban las distintas figuras de cada palo.

En lugar de sotas, caballos y reyes utilizaban dibujos propios: diseños antropomorfos y zoomorfos que en 1853 Bourne describió como "perros y una variedad de otras bestias con diversas marcas místicas y garabatos". Las demás cartas incluían figuras geométricas similares a las que aparecen en algunas pinturas rupestres y a las encontradas en ciertos *quillangos* y otros trabajos aborígenes. Las figuras se pintaban con una varilla, usando pigmentos minerales (piedras *yama* y *colo* molidas), o simplemente sangre y carbón, amasados con grasa.

Al respecto, hacia 1873 el naturalista español Jiménez de la Espada escribió, refiriéndose a los "tehuelches del sur":

Lo que ellos apetecen y codician son las materias y artefactos que puedan acomodar fácilmente a su gusto y manera, y conforme a sus necesidades (...) Tan lógico es para mí que los patagones, incitados por el continuo ejemplo y dadas sus predisposiciones naturales, hayan acogido con entusiasmo y practiquen con vehemencia el juego de los naipes, como que el instrumento del vicio haya tenido que sufrir la transformación consiguiente y apropiada a su género de vida y costumbres.

El Museo Nacional de Historia Natural de Chile posee un mazo de 38 naipes Aonik'enk, donado en el siglo XIX por Jorge Cristian Schythe, gobernador de la colonia chilena de Punta Arenas entre 1853 y 1858. Existen varios ejemplos más en museos europeos (Pitt Rivers Museum de Oxford, Staatliches Museum für Völkerkunde de Munich, Museo de América de Madrid, Museum of Mankind de Londres), que fueron estudiados y descritos por autores como Martinic.

En los últimos tiempos esas cartas han sido vendidas como "el tarot Mapuche" por ciertos charlatanes. Afortunadamente, diferentes campañas informativas han restablecido la función y la autoría original de estas piezas del patrimonio cultural e histórico de América Latina.

Bibliografía

Garrido, Francisco (2017). Naipes indígenas. Las Cartas de los Aonikenk. *MNHN*.
<http://www.mnhn.cl/613/w3-article-75396.html>

Martinic Beros, Mateo (1987). El juego de naipes entre los aónikenk. *Anales del Instituto de la Patagonia*, 17, pp. 23-30.
http://www.bibliotecadigital.umag.cl/bitstream/handle/20.500.11893/1470/Martinic_Anales_1987_vol17_pp23-30.pdf

Martinic Beros, Mateo (1993). Un nuevo conjunto de naipes aónikenk. *Anales del Instituto de la Patagonia*, 22, pp. 73-75.
http://www.bibliotecadigital.umag.cl/bitstream/handle/20.500.11893/1028/Martinic_Anales_1993-94_vol22_pp73-75.pdf

La odisea del diccionario yahgán

Los Yámana, también llamados "yahganes", son uno de los pueblos indígenas del archipiélago de Tierra del Fuego. En la actualidad sobreviven descendientes (alrededor de 1600) en Argentina y Chile; solo uno de ellos, Cristina Calderón, es hablante nativa de su lengua, el *haúsi kúta*.

Esa lengua fue descrita y sistematizada por primera vez por Thomas Bridges, un misionero inglés que fue uno de los primeros blancos en vivir en Tierra del Fuego, y el primero en aprender la lengua de los Yámana. A lo largo de los años produjo un diccionario del idioma, con unas 32.000 entradas, uno de los más completos que existe. La historia de su producción y su publicación fue una verdadera odisea.

Tal odisea queda descrita sumariamente en el texto que sigue, traducción de la introducción para la reimpresión de 1987 del diccionario escrita por R. Natalie P. Goodall, bisnieta de Bridges.

* * *

Como relata W. S. Barclay en su prefacio (p. ix), la idea de un diccionario de la lengua yahgán (yámana) nació en la cabeza de un niño de 13 años que fue con su padre adoptivo en 1856 a una isla pequeña y yerma al sudoeste del océano Atlántico [Isla Keppel, cerca de las Malvinas]. Aprendió la lengua de los indígenas llevados allí desde

Tierra del Fuego. Para cuando visitó Tierra del Fuego por primera vez, en 1863, a los 21 años, Thomas Bridges ya era capaz de conversar con los nativos.

La primera mención que hace Bridges del diccionario y la gramática, en una carta en 1864, muestra que ya había estado trabajando en ellos por algún tiempo. Mientras vivía entre los indígenas en Tierra del Fuego, desde 1869 a 1898, Bridges copió y mejoró el diccionario varias veces, y poco antes de su muerte aún estaba puliendo la "gramática". El diccionario, o partes del mismo, lo acompañaron en sus muchos viajes a través del archipiélago fueguino. Cuando recogía nuevas palabras, las apuntaba en un pedazo de papel cualquiera, a veces incluso sobre trozos ya escritos, para luego copiarlas cuidadosamente en el diccionario. Cada "versión" fue copiada en un nuevo cuaderno de notas. La versión "final" de 1881 había estado precedida al menos por otras 20. El destino de esas libretas se desconoce. Quizás el propio Bridges las destruyó. La colección de la Sala de Manuscritos Raros del Museo Británico contiene cuatro cuadernos escritos a mano:

- Volumen 1, 241 páginas, copiado entre enero de 1865 y el 18 de mayo de 1866, con notas posteriores de John Williams; presentado por Lucas Bridges en 1930.
- Volúmenes 2 y 3, 235 y 42 páginas; ampliación del volumen 1, copiados entre el 24 de agosto de 1877 y el 5 de julio de 1879, traído a Europa por Frederick A. Cook, y la base para la versión del diccionario impresa en 1933.
- Volumen 4, 70 páginas, "versión nueva y última", comenzada el 19 de junio de 1879, pero incompleta. Traído a Europa en 1929 por Alice Bridges.

El objetivo de todo este meticuloso trabajo era, obviamente, la publicación del diccionario y la gramática. Esto no ocurrió durante la vida de Bridges, probablemente porque él todavía estaba tratando de perfeccionarlos. Sus traducciones de la Biblia usando su sistema fonético –evangelio de San Lucas (1881, 1000 copias), los Hechos de los Apóstoles (1883, 1000 copias) y evangelio de San Juan (1886, 500 copias)– fueron publicadas en pequeños volúmenes separados por la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera y usadas para la evangelización de los Yahganes. Al aparecer la primera de ellas, que no llevaba el nombre de Bridges, se publicaron rápidamente tres diccionarios (Platzmann, 1882; Garbe, 1883; Ellis, 1882, 1884) producidos mediante la traducción inversa de ese pequeño volumen.

Mientras tanto, el diccionario principal continuaba creciendo. El día de Año Nuevo de 1898, la expedición del *Bélgica* llegó a Harberton (ver E. L. Bridges, 1948). Uno de los científicos, el Dr. Frederick A. Cook (quien más tarde aseguró haber alcanzado el polo norte) se ofreció para hacer que el diccionario fuese publicado en los Estados Unidos. Dado que el barco se dirigía a la Antártida, Bridges no entregó el diccionario entonces, pero prometió mandarlo con Cook en su viaje de retorno. Thomas Bridges murió en junio de 1898. Al año siguiente Cook volvió y alquiló un barco en Punta Arenas para ir a por los manuscritos, que la familia Bridges le confió.

Cook escribió a la familia mencionándoles las dificultades para imprimir el trabajo debido a la fonética empleada, que requería de tipos especiales (aunque las traducciones de los evangelios habían sido impresas usando esos tipos). Luego no se supo nada más, y la familia temió que los cuadernos se hubieran perdido.

Doce años después, la familia Bridges se enteró, por boca de algunos científicos visitantes, que el diccionario estaba siendo impreso en el Observatorio Real de Bruselas, y que se lo había publicitado bajo la autoría de Frederick A. Cook. Lucas Bridges consiguió viajar a Bruselas, donde el editor, M. Lequent, le confirmó que el libro iba a ser publicado como obra de Cook, con una pequeña nota que señalaba que el reverendo Thomas Bridges había sido "fundamental en la recolección de las palabras". Se acordó que el trabajo de publicación debía continuar, pero bajo la autoría adecuada. Sin embargo, el alfabeto debía ser transpuesto a un sistema fonético "universal". Por esa razón, el libro no salió de imprenta antes de 1914.

Luego se desencadenó la I Guerra Mundial, y el diccionario desapareció. Gusinde (p. xxi) afirma que el manuscrito estuvo en posesión del Dr. Hesterman, profesor de la Universidad de Münster, que tenía en su poder tanto el diccionario como la gramática bajo el pretexto de querer saber más sobre ellos. Alice Bridges fue a Hamburgo, se entrevistó con Hesterman y acordó que la familia pagaría por la publicación bajo la supervisión de W. S. Barclay, un viejo amigo de los Bridges y autor de *The Land of Magellan*. El Dr. Hesterman completó la traducción del sistema fonético de Bridges al alfabeto Anthropos. El diccionario fue publicado, con una edición limitada de 300 copias, en Mödling, Austria, en 1933, y distribuido por bibliotecas y universidades de todo el mundo. La gramática y la notas sobre las lenguas Ona [Selk'nam] y Alacaluf [Kawésqar] no fueron publicadas.

Aunque la familia Bridges decidió donar el manuscrito al Museo Británico, el Dr. Hesterman pidió permiso para continuar estudiándolo. Luego se desató la II Guerra

Mundial, y el Dr. Hesterman y el manuscrito desaparecieron. Por tercera vez el documento original parecía perdido. Pero el anciano Sr. Barclay no se dio por vencido. Tras la guerra, contactó con Cruz Roja Internacional y otras agencias en Reino Unido, Bélgica y Alemania, incluyendo el Programa de Monumentos, Artes y Archivos de las fuerzas aliadas, que se ocupaban de devolver las propiedades sustraídas por los alemanes. Las autoridades militares del Vigésimo primer Grupo de Ejércitos finalmente encontraron a Hesterman, el cual tenía el precioso manuscrito escondido en un cajón de la cocina. Aunque tales autoridades consideraron que la Universidad de Lieja tenía algún derecho sobre el mismo, el diccionario finalmente encontró su lugar en el Museo Británico, el 9 de enero de 1946.

